





Gabriela Mistral, su religiosidad y su espíritu bíblico

866022

"Ahora, Cristo, báñame los párpados, pon en la boca asquifia que están de sueño ya todas las horas y fueron dichas todas las palabras".

(Extraña, de Desolación)

Ella, Gabriela, "la mujer con nombre de ángel y apellido de viento", se enorgullecía de su ancestro hebreo. Y con razón. Anduvo de éxodo en éxodo, marginada, calumniada y apedreada, empujada en violentos vórtices como el pueblo de Jacob que estaba en el infimo horizonte de las discriminaciones de los hombres. Hoy en la vida de Gabriela como un remembo de la historia del pueblo hebreo. Conoció la humillación, el desprecio, la envidia, pero, a semejanza de Israel, siempre supo ponerse en pie. Como el pueblo escogido, nunca le faltó esperanza, coraje y deseos de luchar. Sentía sobre ella la mano protectora de Yavén. Así la debí muchachita del valle de Elqui, se transformó en "la mujer fuerte", la oficio de hualar, porque grandiosa no le viene ni de su belleza física, ni de su riqueza, sino de la grandeza de su alma. Acierta Saint Exupéry cuando nos dice: "Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos". La religiosidad de Gabriela le nace de sus ancestros judíos. Su abuela paloma "según cuentan las evidencias", era de raza semita. Los domingos, la madre de Lucila, la abuelita y le decía: "anda a ver a tu abuela Luca". Sentía la cara de esa abuela que, después de deshacer los cucos de su nieta, como diciendo que las flaquezas y erratas solo valen cuando son virtud, la sentaba a escuchar el rizo pausado del Salterio.

Allí en esas sesiones dominicales, Gabriela aprendió a hizo carne de su carne el amor por la Biblia y, de ella, la primera fuente de su religiosidad y de su arte. Su abuela le habría repetido más de alguna vez, la sentencia del Libro de la Sabiduría: "Fíjate en la belleza, vana es la hermosura, la mujer que teme a Yavén, esa será elabada". Gabriela se crió lea, pero estaba muy segura de los valores morales que se le habían inculcado.

Valores que estaban en cerrado vínculo con su religiosidad. Nadie puede desconocer que en la obra de nuestra poetisa se evidencia un gran conocimiento y una fuerte influencia de la Biblia. En uno de los poemas de "Desolación" canta:

"Creo en mi corazón, ramo de aromas que el Señor que dentro agita perfumando de amor toda la vida y haciéndola bendita".

Creo en mi corazón que cuando canta hunde en el Dios profundo el flanco harido, para subir de la piscina viva como recién nacido

Creo en mi corazón que el gusano no ha de morir, pues mellara la muerte; creo en mi corazón, el recién nacido en el pecho de Dios terrible y fuerte. No podemos olvidar el parangón que de inmediato se nos ofrece entre estos versos y canto de Job, en la Biblia: "Yo sé que mi Defensor está vivo, y que en el último día me levantará del polvo".

Tras mi despertar me alzaré junto a EL, y con él tropezaré como vena a Dios" (Job, 19)

En la primera estrofa, ambas citadas,

¿quién no reconocerá la paráfrasis de aquellos versos del Cantar de los Cantares?

"Ramo de mirra es mi Amado para mí"

La poetisa conocía de sobras el Libro de Job (uno de los más bellos poemas bíblicos) Sabía de los sufrimientos del paciente patriarca que, leproso, con puntadas heridas, abandonado, pobre, oyendo los sarcasmos de su mujer y los reproches de sus amigos, clama desde el desierto en que yace y su esperanza en Yavén florece en perfumada canción. Gabriela lo recuerda en "El Espino". Lo dice todo brevemente. Comparte al foso arbolito de nuestros serenos con el Patriarca harido por la mano de Dios:

"De las grefas le nacen flores (Avi el verso le nace a Job) Y como el salmo del leproso es de agudo su intenso olor" La fe de Gabriela es firme. Consciente de sus debilidades y falquezas se juega a los ojos de Cristo y para justificarse recurre a la antífona enroscándose al Señor que ella no pudo ser. "Yo no he sido tu Pábio absoluto que creyó para nunca descreer..."

"Yo no he sido tu santo Francisco con tu cuerpo en un arco de "amen"

"Yo no he sido tu fuerte Vicente confesor de galera sola."

Si no nombrarla, se compara con María, (precisado que ante la cumbre de su Hermano Lazaro, insiste ante Jesús: "Ya he ido. Hace cuatro días que muero". Tampoco puede asemejarse al segundo Francisco (San Francisco de Sales, celebre por su dulzura y paciencia) pero, le equipara al justo Abel y lo coloca entre los coros de Melquisedec, el misterioso sacerdote y rey de Salem, que viene a ofrecer un sacrificio de pan y vino por la victoria de Abraham. (dicienda) En esta sufrida alegoría, (Noche de la Denota), que vuelve a recordar su raigambre judía:

"Yo nací de la carne tajada en el seco niño de Israel. Macabeo que de Macabeo mal de aseja que pasa a hidromía". (Tala)

Más de algún estudioso de la obra mistraliana quiere encontrar acentos religiosos en Los Sonetos de la Muerte. Sin duda, más de algo hay. Pero, es en El Ruego donde toda su plegaria alcanza la ardiente fe que la anima. Cuando exclama: "Toda la tierra tuya sabrá que perdonaiste", sólo está haciendo una embolita de los similares, aclamaciones, que abundan en los salmos:

"Señor, soberano nuestro, tu Nombre domina toda la tierra". (salmo 99)

"Que no se alegren de mí mis enemigos que no se gozuen el ojo los que me odian sin razón". (Salmo 35)

Reconozcan el poder de Yavén su majestad se extiende sobre Israel su poder alcanza al cielo azul". (Salmo 66)

Gabriela es una conocedora acedida del Antiguo Testamento. Maneja con destreza de letrado los nombres de los diáconos y numerosos personajes: Agar, Lia, Raquel, Ruth, Jericó, ... Los distribuye sabiamente en sus versos.

Casi siempre los usa para comparaciones, todas felizmente logradas. Nos dice que su primer amor fue el Rey David, el santo rey, profeta y músico, autor principal de los salmos. La

poetisa, que "recibió reino de verdad", admira, ama, venera a este gran poeta, precisa gloria de Israel. Allí lo recuerda en "Toda la tierra a ser Reinas".

"Cuanto espesos desposaron por el tiempo de desposar y eran reyes y cantadores como David, Rey de Judá" No sólo lo nombra. La insigne poetisa se hace eco de sus cantos.

Veamos: "Desde el batmatea hostigado (el mar) del Dios que lo combatía y replicaba a su Dios con salmos de ciencia en su". Este verso nos recuerda el épico salmo número 113:

"El mar lo vio y huyó, el Jordán se repregó y retrocedió. Los montes saltaron como cabritos las colinas como corderitos. ¿Qué le ocurrió, Oh Mar, que huiste? Y tú, Jordán, ¿por qué te replegaste y retrocediste?"

Su fe abraza en todo su contenido el Nuevo Testamento. Es eminentemente cristocéntrica. Mujer a la que el instinto maternal se le escapa por todos los poros y se hace patente a lo largo de su fluida producción literaria, le llega muy de cerca el nacimiento de Jesús: "Al llegar la medianoche y al romper el Santo del Niño las cien bestias despertaron y el establo se hizo vivo". (El Establo, de Tala)

Sin embargo, sucumbe a la concepción franciscana, creadora de los peneseros y el peso de la tradición folclórica y llena el establo con ovejas, faisanes, mirlos, ocas. A la Virgen la retrata desconcertada: "Trastocada iba y venía, sin poder coger al Niño...". ¿O es que ella lamenta esa maternidad tan ansiosa y que nunca fue?

En su poema "Venies Santo" hay una especie de éditico. Un raro medicamo, tan extraño en los poemas chilenos, descartado el caso de Ignacio Valente. Gabriela trata - una vez más - un bíblico acento que une lo celeste con lo humano.

No obstante, la suma de su religiosidad será, además de lo citado y de su Hermo Córdano, en "La Oración de la Maestra". Humilde, empieza por pedir perdón al Señor por enseñar y por llamarse maestra. Se adelantaba, y con mucho, al pensamiento de Juan Pablo II, quien en su Catechismo Trifandia, sostiene que el único Maestro es Cristo y que quienes enseñan, sólo lo hacen en la medida que están vinculados a los valores del Evangelio.

La Maestra pide amor, fervor para desempeñar su tarea, paciencia, sencillez, resignación ante la clemencia y el élvico. Suplica no desafiarse en la tarea. Hay una petición cuyo sentido es perenne: "Muéstreme posiblemente tu Evangelio para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él".

Trata a Jesús de amigo y el único que sabrá juzgar decididamente sus conductas. La pobreza parte de la plegaria es refundidamente patética:

"Recuérdame... que enseñar y amar intensamente sobre la tierra se llega al último día con el lanzado de Longinos de costado a costado". Gabriela parió, muda y soñadora hacia donde Dios hace dudar su luz con los entos. De esto Nació. Ya cuarenta años. Era un 10 de enero de 1957.

Mario Noceti Zerega

Gabriela, hoy más viva que hace cuarenta años

Ernesto Livacic Gazzano 1979

Hace cuarenta años - el 10 de enero de 1957 - el cuerpo cansado de Gabriela Mistral emprendió su más largo y definitivo viaje: desde el lecho de un hospital neoyorquino hacia la eternidad. Venciendo el desgastado efecto del tiempo, desde entonces se ha acrecentado aún más la figura de aquella sencilla hija de las resquebrajadas soledades alquianas exaltada ante el mundo entero con la más alta distinción literaria universal, concedida por vez primera a un escritor de Hispanoamérica. Hoy conocemos mejor su obra y su espíritu. La crítica ha enriquecido con nueva luz sus bellos versos, y muchas publicaciones póstumas nos han facilitado el contacto con sus ideas propias: las de sus ensayos, recados y correspondencia. No era sólo la mujer sufrida, sentimental, de vena subjetiva que traslucían sus poemas invocales. Ansia de saber, inagotable afán de descubrir perspicacia para relacionar, penetración para juzgar eran no menos poderosos atributos suyos. Filosofías y religiones, costumbres y oficios, paisajes y arias, cuestiones políticas y sociales atraían - entre otras notaciones - su inquietud y le dan pie para asumir señeras funciones de conciencia y de crítica.

No diremos como cosa nuestra que habla en todo ello una inequívoca proyección de su natural vocación de maestra. Es Gabriela Mistral misma quien lo afirma. En el oficio literario

(1949), proclama como su primer ministerio el de la enseñanza, y como un posterior "halla de sí misma" al ponerse a escribir, y deja en claro cómo sólo "al regresar de mi escuela" buscaba en las letras otra vía de realización.

En la enseñanza: una de las más altas poéticas (1917), advierte que "La Pedagogía tiene su ápice, como toda ciencia, en la belleza perfecta. Esta, la escuela, es, por sobre todo, el reino de la belleza. Este es el reino de la poesía magna. Hasta el que no cree cantar, aquí está cantando sin saberlo". La perfección del fido emana de la armonía en la combinación e interacción de sus elementos constituyentes. La plenitud de una vida se afianza en la fuerza con que en ella se entrelazan y reciprocamente se alimentan sus diferentes - pero convergentes - funciones y dimensiones.

Poesía, prosa y magisterio son los tres pilares en que se asienta la construcción espiritual y artística de esa figura de excepción que se llama Gabriela Mistral. Entre ellos no se da oposición ni conflicto, sino la unidad estructural del triángulo, tradicional signo de la equívoca meta de la perfección.

Por eso, trascendiendo las distancias, hoy está más viva que al partir. Seámosle cada vez más cerca, disfrutando de su legado, humanista y actual, estético y ejemplar, orientado e interpelante.

Gabriela Mistral, su religiosidad y su espíritu bíblico

[artículo] Mario Noceti Zerega.

AUTORÍA

Noceti Zerega, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gabriela Mistral, su religiosidad y su espíritu bíblico [artículo] Mario Noceti Zerega.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile